

ÁNGEL RUPÉREZ

Sensación de vértigo



narrativa izana
ÁNGEL RUPÉREZ

SENSACIÓN DE VÉRTIGO

Narrativa izana
Colección dirigida por Justo Sorelo
© ÁNGEL RUPÉREZ, 2012
© Diseño de portada, LARA BOTO
© AMBAMAR DEVELOPMENT, S.L. 2012
e-mail: izanaedirores@izanaedirores.com
Avenida de Machupichu, 17-3
28043 MADRID
Tel.: 913880040
www.izanaedirores.com
Diseño: Antonio Ramos
ISBN: 9788494260742

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Índice

Índice

Capítulo 1

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI

Para Bel, compañía, luz.

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Después de un extenuante invierno, mi mujer, Susana, y yo habíamos decidido hacer un viaje a Italia en coche, sin ningún plan previo. Ni siquiera sabíamos por qué ciudades francesas e italianas íbamos a pasar y, por tanto, no habíamos hecho ninguna reserva en ningún hotel. Sí sabíamos, en cambio, que el destino era Venecia. Venecia era nuestro norte y talismán. Eso sí lo sabíamos. El plan era: cogemos el coche y cuando nos cansemos, nos paramos. Improvisamos alojamientos, restaurantes, ciudades, recorridos. Y así lo hicimos. Nos turnamos conduciendo, hicimos muchos kilómetros así, mucho cansancio pero también mucho bienestar. Alejamiento y alejamiento, Madrid cada vez más lejos, los niños con mi hermana Almudena (siempre tan servicial, siempre tan amante de sus sobrinos). Descanso de las fatigas de la crianza, descanso de nuestros parques y vigilancias habituales, descanso de nuestros trabajos respectivos, yo, en el Ministerio de Cultura como un asesor del ministro, nombrado a dedo -aunque ya era funcionario en ese ministerio, mi rango era muy inferior al del puesto que ocupaba ahora-, y Susana como médico traumatólogo en el hospital Ramón y Cajal, con consultas siempre atiborradas y con su presencia garantizada en muchos congresos nacionales e internacionales sobre su especialidad.

¿Quién -en esas circunstancias- no sería comprensivo con nosotros? ¿Quién no comprendería nuestra aventura?

¿Quién no conoce esa clase de felicidad de alejarse -casi al buen tuntún- de las rutinas y las camisas de fuerza de las obligaciones diarias, con un norte señalado de antemano, sí, pero sin escalas preestablecidas, sin hoteles reservados, sin brújula de hierro, casi como aventureros jóvenes que ya no éramos pero que queríamos volver a ser? ¿Quién, incluso, no agradecería combatir las rigideces del trabajo ordinario, sometido a exigencias a veces indeseables, con el más absoluto desdén por las apariencias, los buenos hoteles, los rangos jerárquicos y hasta -era mi caso en ocasiones- los coches oficiales?

Tal era el sentimiento de expectación y felicidad que nos embargaba que no supuso suplicio alguno hacer tantos kilómetros en coche, ya en pleno verano, y llegar casi de un tirón a Nimes, nuestra primera escala (¿por qué esa ciudad y no otra? Sencillamente porque se nos echaba la noche encima, no hubo otra razón). No nos costó nada encontrar un hotel céntrico, cuyas ventanas daban a una alameda muy tranquila y tuvimos la suerte de que a esas horas -ya casi de noche- hubiera habitaciones libres. Respiramos con alivio y celebramos esa clase de buena suerte que a veces (no siempre) acompaña a los que viajan a la buena ventura. La habitación que nos había correspondido era sencilla pero confortable, con buen gusto en todos los detalles (mobiliario, suelo, cortinas, luces).

Nada más entrar, siguiendo mi costumbre, abrí la ventana de par en par para ventilar la habitación y comprobé que ya había anochecido del todo y que, sin farolas ni luna llena, la alameda solo era una especie de prolongada y tupida masa sombría de la que, no obstante, se desprendía un agradable frescor que me hizo pensar en la respiración de los árboles y en su capacidad de sugerir, con su aliento invisible, una especie de melodía aromática -olor a frescor precisamente, entreverado de otros perfumes de

vegetación en estado de alerta. Algo parecido a una paz profunda me invadió y hasta un deseo de permanecer un buen rato en silencio, con la atención únicamente puesta en la inmovilidad de los árboles y en sus penetrantes efluvios y en los sigilosos ruidos de élitros que se rozaban, gargantas que canturreaban, secas y graves percusiones que se suspendían y se reanudaban -¿pájaros carpinteros?- e insomnios que alardeaban sin pesadumbre de su sonoro desvelo, casi con epicúrea y alegre aceptación de la larga noche.

Al oír mis exclamaciones de bienestar -algún suspiro de abundante satisfacción, los pulmones como gaitas sopladas por el aire cargado de esencias, algo parecido a la exuberante y agradecida infusión de aire perfumado en un pinar-, Susana no tardó en ponerse a mi lado para respirar el aire puro de los árboles y transmitirme con su piel cercana una especie de felicidad contagiosa, la que solo se percibe cuando se ama a alguien y se anulan las distancias físicas, sin necesidad de que haya relaciones sexuales de por medio. Nos miramos, nos sonreímos, nos besamos y decidimos al unísono ir a tomar algo, un sándwich, cualquier cosa para matar el hambre causado por tan largo viaje.

Después de buscar y buscar -Francia no es España-, encontramos un café a medio cerrar, con las banquetas ya puestas patas arriba y las escobas trajinando sin descanso, y, casi a la desesperada, casi suplicando al camarero ese favor, conseguimos tomar unos bocadillos casi improvisados, y pagamos rápidamente -casi nos echan- y volvimos al hotel recorriendo callecitas completamente silenciosas, como si el verano no hubiera alterado en absoluto los horarios de sus habitantes, todos ya acostados, sin ni siquiera algún televisor encendido a deshoras que arrojara resplandores visibles desde la calle y avisara de la existencia en esas habitaciones de gente despierta, en cierto modo dispuesta de esa manera -acortando sus horas

de sueño- a honrar al verano. Todas las contraventanas estaban cerradas a cal y canto, como en un convento de clausura, y el silencio que se extendía por las calles era sepulcral, casi intimidante, y eso que estábamos a comienzos de agosto. Tanto Susana como yo dedicamos comentarios ácidos a las costumbres francesas y entonamos un arrebatado panegírico de las españolas.

-¿ Te imaginas una calle de una ciudad española a estas horas, en esta época del año, y más si es una ciudad del sur como Nimes? Terrazas, bullicio, charlatanería, vivir por vivir, incluso, si me apuras, beber por beber. Pero aquí...

Ni un alma por ninguna parte, ni siquiera gatos al acecho, y no digamos perros entretenidos en ladrar para alegrar la noche con sus quejidos veraniegos, perezosos, holgazanes, alegres, dignos de saludables serenos que agradecen la fresca de las noches interminables de agosto.

Casi abatidos por semejante panorama, llegamos al hotel, dijimos hola (en francés) al portero de noche -que sonrió, nos dio la llave y nos avisó de que el ascensor estaba estropeado-; subimos por las escaleras de madera -que crujieron como en una casa de campo- y entramos en la habitación, que estaba casi fresca y olía a alameda, pues habíamos dejado a propósito la ventana abierta. Sin más preámbulos -solo quedaban fuerzas para limpiarnos los dientes, cosa que yo hice volviéndome a asomar a la ventana para captar las últimas divagaciones de la fronda en su contacto con la noche insomne-, nos echamos en la cama derrengados, casi sin desvestirnos. Nuestras ropas -pantalones vaqueros, camisetas, el sujetador de Susana- colgaban de mala manera de las sillas, como si el deseo nos hubiera empujado a desembarazarnos de ellas a toda prisa, para no perder ni un solo instante de placer. Y no era el deseo, sino el cansancio, el puro cansancio el que nos empujó a dejar las ropas de cualquier manera (Susana era ordenada y yo no le iba a la zaga). Ni ella ni yo teníamos en la mente otro escenario que no fuera dormir cuanto antes,

pues el cansancio entierra el deseo sexual, a pesar de que nuestros cuerpos semidesnudos se rozaban con el placer de la costumbre que no teme ni una cosa ni otra (ni el deseo ni la falta del mismo). Arrumacos tontorrones y desganados - por el cansancio-, miradas plácidas y felices, susurros sin orden ni concierto, quizás los niños, siempre recordados y nombrados, y de ninguna manera nuestros respectivos trabajos (Lucas, el ministro, dormía en mi más remota trastienda mental y Susana descansaba de sus investigaciones y enfermos, hasta nueva orden). Soñolencia, bostezos, párpados que se cierran, un besito de despedida, buenas noches, amor, buenas noches, que sueñes con los angelitos, esa clase de rituales y tonterías que se intercambian los que se aman antes de dormir.

En esos derrengados preámbulos estábamos cuando, sin que nada lo hubiera pronosticado -algún ruidito, alguna musiquilla, algún susurro, algún crujido, alguna cosquillita-, las notas de un jadeo sexual entraron de lleno en nuestra habitación -sin duda, de paredes muy finas- y la mujer del cuarto de al lado no hacía más que gemir y gemir, jadear y jadear y emitir grititos encadenados que parecían aproximarse a un orgasmo que nunca llegaba. Dios mío, cuánto duraba ese acto de amor, ese intercambio sexual, ese polvo. No acababa nunca y no nos dejaba dormir, al menos yo no podía y, por lo que pude ver, Susana tampoco, que también se había medio desvelado y sonreía con los párpados medio cerrados, medio levantados del todo, sin saber muy bien qué hacer, excepto sonreír de una manera casi exánime y mirarme con ojos probablemente pícaros, engatusados pero al mismo tiempo cansados, claramente soñolientos.

“¿Oyes?”

Me miró, se sonrió, se sonrojó (ella era tímida pero, una vez metida en faena, le gustaba y era ardiente como la que más). Nos reímos, nos tocamos, nos besamos y no tardamos en sumarnos al festín que se celebraba al lado. Susana

también empezó a gemir, como si quisiera competir con la vecina, cada vez más, cada vez más, “no pares, no pares” (no solía ser tan expresiva, por eso me gustaba tanto cuando lo era. ¿No gozamos especialmente con lo inhabitual e infrecuente?). Yo me divertía y excitaba con los gemidos de la mujer de al lado y con los de Susana. “Sigue, sigue”, insistía Susana, quizás más enardecida de lo habitual, sin duda estimulada por la música de la mujer de al lado, increíblemente expresiva, insoportablemente gimiendo, capaz de movilizar por sí sola a un batallón de mujeres y hombres desgastados después de una agotadora jornada de trabajo o como consecuencia de traumas de la peor especie. ¿Y si todo fuera que los vecinos estuvieran viendo una película porno y los gemidos fueran fingidos y falsos, mecánicos y huecos, aparatosos e inverosímiles? No, no, no lo parecía, en absoluto parecía eso. Eran gemidos de verdad, auténticos, reales, penetrantes, procedentes de una garganta musicalizada por el placer, capaz de enardecer al más pintado, incluso puede que a monjas y a monjes acostumbrados a practicar desde milenios el celibato. Cambios de posturas, espera un poco, ahora por detrás, después encima, y así durante un buen rato Susana y yo hasta que llegamos a la cima y las endorfinas nos regaron e invadieron ipso facto, como sin duda lo habían hecho con la pareja de la habitación de al lado, cuyos ruiditos y jadeos habían cesado por completo. Un silencio sideral siguió y ni siquiera de la alameda llegaron tantanes sigilosos, o variados mensajes encriptados, o quién sabe si ceremonias sonoras destinadas también a la perpetuación de cualquier especie animal.

Dormía ya Susana, con un hilillo de saliva deliciosa en la comisura de sus labios, que estuve a punto de sorber, como si fuera néctar de su cuerpo amado, y pronto me quedé dormido yo y nada ni nadie estorbó mi feliz sueño, ni creo que el de Susana tampoco, tal fue nuestra radiante felicidad del día siguiente, con la alameda entrando a rau-

dales en la habitación, con el sol que la llevaba en su seno para hacerla conocer como reverberación y tintineo radiante de luz y reflejos, con las hojas desparramadas por aquí y por allá como sombras delicadas, impresas en las paredes y en las sábanas, aún frescas y olientes a pasión, quizás con manchas amorosas aquí y allá, iluminadas por la luz del sol y secadas del todo por él.

Con tantas sonrisas matutinas y tanto bienestar soleado, y tantos besitos reminiscentes y tantos abrazos casi húmedos, igualmente reminiscentes, no nos resultó difícil reemprender el viaje, sin tener que rehacer las bolsas de viaje, y solo con la expectativa voraz de un desayuno que colmó con creces nuestras apetencias (al menos las mías). Café a raudales, pan crujiente de baguette recién hecho, mantequilla, mermeladas, cruasanes, hasta fruta fresca había mientras el sol invadía el comedor como si fuera un comensal más.

-¿Dónde la pareja de ayer?

Se lo dije a Susana, con voz muy baja y susurrante, con una risita que prolongaba el polvo de anoche, pero ella no quiso seguir mis indagaciones, ni lanzó miradas furtivas a un lado y a otro, como lo hice yo, ni accedió a colaborar con mi intriga, conjeturando, inspeccionando, espiando, señalando con el dedo tal vez a los protagonistas de la hazaña, a la boquita pintada de cuyos labios lozanos salieron anoche los gemidos que aún resonaban en mis oídos con placer.

¿Y en los tuyos, Susana?

A pesar de su indiferencia, y aún de su discreta reprimenda -como una madre reprende a su hijo pero esforzándose por que no la oigan alrededor-, no me resistía a dejar de fijarme en las mujeres que desayunaban en ese comedor para poner rostro a los gloriosos y divinos gemidos que habían edulcorado la noche de tal manera y hasta tal punto que nuestro desayuno era más dulce aún de lo que lo era de por sí, puesto que tenía el dulzor añadido del placer

reciente, transmutado en sueño profundo, que también había sido un glorioso placer.

Susana, harta de mi insistencia, cortó por lo sano, aunque sin alzar la voz, como si aún estuviéramos en la cama, recién despertados:

-¿Quién te garantiza a ti que estén desayunando ahora? Puede perfectamente que estén aún en el dormitorio o puede que ya se hayan ido o puede que bajen a desayunar cuando nosotros nos hayamos ido o puede que no bajen en absoluto... y además, ¿cómo los reconocerías?

Acabé rindiéndome ante sus razones y, como un niño obediente, me centré por completo en mi desayuno, tomando café sin cuento, devorando a mansalva cruasanes y pan untado con mantequilla y mermelada, mirando a Susana de vez en cuando, con una mirada agradecida y feliz -por el polvo de ayer noche, infinitas gracias-, y sin apenas conversar porque -puede que sin darme cuenta-, mi cabeza siguiera con su intriga, hasta tal punto a la mente le cuesta en ocasiones desconectar de sus preocupaciones e intrigas. A Susana tampoco le apetecía hablar, por lo que veía. No siempre es fácil entablar una conversación en el desayuno. Relucían sus ojos, reverberaban sus labios, despuntaban sus pechos... ¿Te parece poco?

Capítulo II

A veces los nombres mágicos anulan con su resonancia interior todas las incomodidades que puede costar llegar hasta el lugar que anuncian. Cada paso que damos en esa dirección, cada kilómetro recorrido está absorbido por la amplitud del nombre convertido en el destino más deseado. También en los viajes existe el deseo de llegar al sitio escogido y, si por alguna razón no llegáramos, nos sentiríamos intensamente frustrados. No solamente el deseo sexual provoca las más intensas frustraciones. Venecia, Venecia, Venecia, decían los letreros, hasta que llegamos a la ciudad y sentimos -sentí-la alegría de las llegadas. Dejamos el coche en un aparcamiento que había a las afueras de la ciudad, buscamos un hotel-siempre esas improvisaciones que inquietan a algunos y que a otros nos atraen- y nos echamos a recorrer la ciudad sin más guía que el deseo de conocerla. Calles estrechas, puentes arqueados, nobles edificios, canales sosegados, acogedoras plazas. Fatiga absoluta del conocimiento y la entrega, infinidad de curiosidades atesoradas, empacho que exigía seguir en vez de abandonar el asedio y retirarse. Pero regresamos al hotel cuando atardecía, incapaces de dar un paso más sin desfallecer de cansancio y probablemente de emoción. Un poquito de televisión haciendo zapping en distintos canales, oyendo distintas lenguas; un poquito de lectura, alguna mirada oblicua por mi parte, la ropa interior de ese día, se

ha quitado el sujetador, maravillosas tetas, pero no hay nada que hacer, lo noto en su cara, laxas conversaciones sobre lo visto y no visto y sueño plácido y lento que duró muchas horas. Al día siguiente, tampoco hubo ocasión porque había que ver más Venecia.

-Venga, date prisa, dúchate, vístete.

Seguí sus instrucciones y no perdí el tiempo -¿es eso perder el tiempo?- en miradas e imaginaciones y fantasías. Cuando salí de la ducha ella ya estaba vestida, se había duchado antes que yo. Ella era siempre la primera, ¿tal vez porque así evitaba tentaciones que luego ella tendría que lidiar no siempre a mi favor?

Al verla vestida, aunque estaba muy guapa, ya no tuve tiempo de detenerme en detalles que me condujeran a las maquinaciones sexuales. Me vestí a toda prisa -parecía que íbamos a perder el tren-, me peiné también a todo meter, y vi por el espejo de la habitación que ella me miraba con más amor que otra cosa, o, si no con amor, tal vez con un sentimiento mezcla de compasión y de prometedora entrega en un inmediato futuro.

Venecia relucía con un esplendor de edificios atezados por el aire lleno de huellas evidentes de la luz de mediodía y de olor a mar. Fue un día feliz en el que hubo museos, comida pasable, callejeo infatigable, y mar al atardecer sentados en un muelle por el que pasaba poca gente. Tal vez el momento más pleno del día fue ese y también los pintores que pudimos ver de primera mano y que apenas habíamos visto antes excepto en reproducciones. Pero ¿qué decir de ellos? Duró mucho nuestro silencio, nuestra compañía y el horizonte que se convertía en pura emulsión de luz y neblina y desdibujados contornos sólo animados de vez en cuando por navegaciones que se acercaban hacia nosotros o que cruzaban la lejanía en direcciones desconocidas. Decidimos regresar al hotel andando, siempre andando, cruzando puentes, recorriendo calles, atravesando plazas hasta que llegamos a nuestra habitación derrenga-

dos. ¿Quién no conoce la felicidad de llegar al hotel después de un día de la más extenuante y placentera fatiga? Echarse en la cama o repantingarse en una butaca, poner la televisión, cambiar de canales porque sí, absurdamente, sin orden ni concierto, oír lenguas extrañas, no entender nada pero abandonarse a ese lenguaje y sorprenderse una vez más del misterio de las múltiples lenguas, no hablar con Susana y sentir su compañía, saber que está porque sí y que eso es suficiente, ojear algún libro comprado o algún catálogo, picar algo desordenadamente (alguna lata, algún embutido, algún dulce), hacer recuento de la manera más improvisada, ¿recuerdas ese cuadro?, ¿te fijaste en esa plaza?, y después, y después... Pero yo sabía que cuando estaba muy cansada había poco que hacer. ¿Intentarlo? ¿No intentarlo? Se cambió de ropa y se puso una bata no transparente pero que obligaba a imaginar que lo era. Casi mejor así porque de lo contrario todo hubiera sido demasiado explícito y provocativo, y en ese caso hubiera sido más difícil decir que no. Susana sabía cómo dosificar las tentaciones y sabía que si se ponía otra bata más transparente (conocía mis puntos flacos) hubiera resultado inevitablemente una invitación al deseo ciego. Pero en ese momento no convenía el deseo ciego porque ella estaba cansada. Seguimos con el silencio de los amantes sólo interrumpido por llamadas de atención sobre cualquiera de las cosas que ojeábamos. Yo tenía un catálogo de Tiziano y miraba una y otra vez sus cuadros portentosos, su sensualidad comedida y serena o su introspección inabarcable. Hada alguna exclamación y ella me miraba -yo en la butaca, ella en la cama- y asentía y volvía a su lectura.

-¿Qué lees?

Me enseñó las tapas del libro y dijo su título. Un autor inglés escribía sobre Venecia. Se trataba de una guía que había comprado en Madrid.

Volví a Tiziano sin dejar de mirarla a ella, echada en la cama, la bata algo levantada, los muslos, las caderas, ¿qué

más? ¿Lo intento o no lo intento? Tiziano me entusiasmaba, no dejaba de encandilarme su autorretrato (¿cuál de ellos?, ¿lo he olvidado?), las tonalidades de sus colores siempre cálidos (la carne siempre es cálida y hasta la vejez es cálida según sus ojos), pero Susana también me encandilaba y su postura me atraía mucho y su ropa interior me apetecía tocarla. Rumié mucho si intentarlo o no y sopesé la cuantía del fracaso en caso de que dijera que no. Mejor seguir con Tiziano y tal vez contentarme con algunas de sus mujeres. Pero, ¿cómo contentarme con esas mujeres imaginarias si tenía una de carne y hueso al lado? ¿Cómo iba a consentir que fuera el arte superior a la vida, al menos como satisfacción del deseo sexual? No, el arte era otra cosa, o al menos lo era de la mano prodigiosa de Tiziano, y la vida tenía sus propias leyes que no tenían nada que ver con las del arte. Mirar un cuadro es una cosa y mirar el cuerpo de Susana tumbado sensualmente en la cama es otra muy distinta. ¿A qué invitan las mujeres de Tiziano? No sabría decirlo, pero sí sabía a lo que podía invitar el cuerpo de Susana tumbado en la cama. No tenía más que recordar lo que pasó en Nimes. Susana seguía leyendo embebida y de vez en cuando hacía algún comentario sobre curiosidades venecianas, cosas que, según la guía que leía, habían dicho los escritores de Venecia.

y así estuvo un buen rato Susana mientras yo no dejaba de mirar su cuerpo y fraguaba mi asalto o mi renuncia y no era capaz de decidirme por cualquier de las dos cosas. Como se apodere de ti la duda, estás perdido. Es duro dudar, especialmente si la duda afecta a decisiones relacionadas con cosas pequeñas de la vida (¿voy o no voy al cine esta tarde?; ¿llamo o no llamo a este amigo o amiga?) o si tiene que ver con decisiones como plantar cara al deseo e intentar seducir a Susana en ese instante o dejarlo y seguir con Tiziano y cansarme más e irme a la cama. Decidí ir al asalto del cuerpo amado. Dejé al gran Tiziano sobre la mesa que tenía al lado, me acerqué a la cama como si fuera

un ladrón, me senté a su lado, miré el libro que leía, no había más escritores a la vista, sólo había fotos y más fotos y comentarios y alabanzas de la ciudad (¿quién no la habrá alabado? ¿Hay alguien que la haya denostado?). Le puse la mano en la cintura y ella ni se inmutó. Puse mi cabeza sobre su hombro, y tampoco. Le ahuequé el pelo subiendo y bajando la mano, e inclinó la cabeza, como si deseara más. Le besé el pelo y ella dejó el libro, y se recostó sobre la cama. Cerré el libro y lo puse al pie de la cama. La besé en la boca y ella la abrió y me dejó entrar más en ella, en su boca. Nos intercambiamos las lenguas y jugamos con ellas. Metí las manos por los muslos, le quise quitar las bragas, y se dejó. Poco a poco lo hice, y después, con las dos manos, lo conseguí. No le quité la bata sino que le bajé la parte de arriba y le levanté la parte de abajo. Le quité el sujetador, y vi sus pechos y sus pezones rosas, recién regados. Los mordí y luego bajé hacia abajo, y también quise morderla o chuparla. Lo hice. Empezaron sus gemidos, cada vez más estruendosos. “Cuidado, Susana, cuidado. ¿Y si nos oyera alguien? ¿Qué pasaría si nos oyera alguien?” No se lo dije pero lo pensé. Pensé en Nimes y caí en la cuenta de que era alegre oír que una pareja se entregaba a esos placeres. ¿Y si fuera un hombre solo el que estuviera al lado? ¿No le dolería? Yo seguía arriba y abajo y ella ya estaba completamente vencida y entregada, pidiéndome con su abandono más. La cara le brillaba como si le hubieran puesto velas dentro, o algo más serio que unas velas, carbón ardiendo, una verdadera llama. Portentosa su cara ardiendo. Fue un acto de amor auténtico, mis movimientos fueron prolongados e impulsivos y su ardor embriagador. Gritó mucho cuando se corrió y yo no hice nada por taparle la boca, como otras veces. Pensé que hasta el más solitario agradecería esa manifestación suprema de la existencia. Le haría pensar en momentos parecidos vividos por él y se sonreiría y se dormiría pensando que la vida también es así, celebración y gloria y no sólo desbarajuste y muerte. y

nosotros también nos dormimos pensando probablemente lo mismo o algo muy parecido. La vida es también gloria y celebración y no sólo desbarajuste y muerte.

Capítulo III

Cinco o seis días más en Venecia -¿qué decir de todo lo que vimos?- y vuelta a casa, con las maletas bien repletas de experiencias para ser desgranadas poco a poco en Madrid y a lo largo de toda la vida, pues nada esencial que nos haya ocurrido, asociado con el placer o el dolor, se borra de nuestras vidas. No hay duda de que visitar Venecia -no importa el número de veces- es una experiencia esencial. Nosotros era la primera vez que la visitábamos y ya podíamos decir, llenos de orgullo: “Hemos estado en Venecia”. Con ese deseo satisfecho y con alguna inevitable melancolía -¿regresaríamos algún día?- reemprendimos el regreso a casa. A veces cuesta volver a la vida organizada y cuesta renunciar a la vida improvisada. Pero el regreso es aún en sí mismo una aventura, todavía quedan hoteles, nuevas ciudades, o ciudades conocidas revisitadas. Todavía quedan muchas cosas por vivir, muchas noches en camas que no son la cama acostumbrada. Además aún es muy reciente y como recién salido del horno el cuadro de la ciudad descubierta y demasiadas las imágenes incorporadas a nuestra existencia. Por eso no me pesó excesivamente -a Susana tampoco- hacer las maletas, mirar con detenimiento si nos dejábamos algo o no, bajar por el mismo ascensor, pagar, despedirnos del recepcionista y dirigirnos en una embarcación a las afueras de la ciudad, donde habíamos dejado el coche.

-Adiós, adiós, adiós, casas, canales, palacetes, gaviotas, museos e iglesias: adiós.

Nuestra meta era pasar la noche en Milán. Conduje yo una buena cantidad de horas sin cansarme lo más mínimo. La memoria me calmaba y me sosegaba. Era un placer conducir así. Y Susana al lado, siempre Susana al lado. Paramos en no sé que área de descanso para tomar algo - deliciosa sombra de aquellos arbolitos, suprema distracción llena de menudencias veraniegas, viento, aromas, luz, gente que entra y sale de los coches, camioneros que se sientan en su cabina, una mariposa aquí, otra allá, un tren que pasa cerca de la autopista, conversación errática, sin rumbo, tonterías o de nuevo la celebración de Venecia.

Reanudamos el viaje invadidos por el placer del descanso y llegamos a Milán a media noche, todo ya cerrado, las calles desérticas. Habíamos previsto pernoctar en un hotel en el que ya nos habíamos quedado en otra ocasión. ¿Dónde está ese hotel? ¿Recuerdas? Recordábamos el nombre y su emplazamiento aproximado (no lejos de la catedral). En un semáforo en rojo, pregunté a un motorista (llevaba a una chica en el asiento de atrás) y nos dijo que le siguiéramos. Callejeó por Milán y yo conduje tras él. La novia en el asiento de atrás, las piernas abiertas, el culo destacado y sobresaliente, la cintura estrecha. Llevaba además una falda que acentuaba la impresión de milagro con la que no contaba a esas horas de la noche. Estaba cansado pero veía muy bien a la chica joven, cada vez mejor, como si de repente algo me hubiera espabilado. No le dije nada a Susana (¿cómo se lo iba a decir?) pero no pude evitar pensar en la chica de la moto que agarraba con sus manos la cintura del conductor. ¿A dónde irían a pasar la noche? ¿La pasarían juntos? ¿Vivirían juntos? ¿Qué harían esa noche? ¿Lo harían? "Motorista con suerte", pensé sin pensar en Susana, que también era una suerte para mí. Pero a veces nos alejamos de nuestra suerte inmediata y nos colocamos en la fortuna de los demás -de la

que lo ignoramos todo con el fin de olvidar la nuestra. ¿Por qué era suerte la del motorista y la mía no? Sin duda, porque para mí ella era una desconocida y Susana no. Y en las desconocidas depositamos el principio de la completa novedad que hacemos equivalente a la suprema felicidad porque lo anuncian todo y en ese todo cabe un ideal sin mancha (las manchas vendrán después, pero no en ese instante en que la imaginación fabrica desmedidas ilusiones sin cuento). “Esa belleza será suya y no mía y por eso él tiene suerte y yo no”. Pero yo tenía a Susana y para él sería con toda seguridad una suerte que yo tuviera una mujer tan guapa a mi lado con la que iba a pasar la noche. A lo mejor esa es una ley universal: siempre pensamos que una clase de felicidad, de la que carecemos, depende de lo que es imposible que tengamos. De ahí la tristeza y la melancolía que produce una escena en la que la desconocida se desnudará con el desconocido pero no con quien (yo mismo) la está viendo por detrás, sentada en el sillín de la moto, la falda bastante remangada -pero yo sólo puedo verla por detrás, no por delante-, la camiseta ceñida, el sujetador visible porque la camiseta es transparente. Menos mal que Susana no podía imaginar lo que yo estaba pensando -¿o sí que lo imaginaba?- porque, ¿qué hubiera pasado de haberlo sabido? ¿Cómo hubiera sobrellevado que yo pensara en otra de esa manera en vez de en ella? ¿Pensaría ella en otros en vez de en mí? De ser así, mejor no saberlo. Gracias debemos dar a la naturaleza humana que nos prohíbe la posibilidad de saber lo que piensa el que está a nuestro lado. ¿Cuántas desagradables sorpresas nos llevaríamos en ese caso? Únicamente el amor nos garantiza que el pensamiento del otro nos traicionará pocas veces pero, aún con todo, yo amaba a Susana y sin embargo estaba pensando en otra y en el cuerpo y en la felicidad de estar con ella en un hotel o en una casa que no podía imaginar, tal vez la casa a la que irían ellos, pero en vez de su acompañante, el afortunado sería yo, y yo sería el

encargado de desnudarla. El amor no nos garantiza nada, o al menos mi amor no podía garantizar a Susana que dejara de pensar en la chica desconocida que aún podía seguir viendo sentada en el sillín de la moto por las calles oscuras de Milán, sinuosas y angostas como yo nunca hubiera imaginado que fueran las calles de Milán (no recordaba que algunas de sus calles fueran así). Sin embargo, a veces la noche desfigura completamente las cosas y bien pudiera ser que esas calles ya las hubiéramos recorrido en otra ocasión de día pero fuéramos incapaces de reconocerlas de noche.

La moto se paró frente al hotel y nosotros nos paramos tras ella. El motorista nos hizo un gesto de despedida con la mano, se lo devolvimos, y fueron perdiéndose por las calles a una velocidad que me pareció mayor que la velocidad real de la moto, sin duda porque a la velocidad real yo añadí la del velocísimo sentimiento provocado por la completa seguridad de que nunca volvería a ver a la desconocida, cuyo culo encajado en el sillín de la moto se había desvanecido como la misma moto en la noche. Yo me quedaba con Susana pero ya no podría estar nunca más con aquella desconocida que sí estaría con el gentil italiano que nos había conducido hasta allí en plena noche milanese ¿Cómo llamar a ese sentimiento? ¿Sólo melancolía? ¿Era algo más que melancolía? Querer estar con una desconocida y no poder estar con ella, ¿cómo se le llama a eso? Haberla querido seguir, haber entrado en su casa, haber conocido de su mano Milán, haberme acostado con ella esa noche y otras noches, ¿cómo se llama a eso? ¿A cuántos hombres no les habrá ocurrido lo que a mí? ¿A cuántos no les seguirá ocurriendo lo mismo? Insensata naturaleza humana que sufre por lo que no tiene en vez de alegrarse por lo que sí que tiene. Pero yo amaba a Susana y me conformaba con ella, y era feliz con ella, excepto en esos momentos en los que la imaginación se descarriaba y construía castillos en el aire.

Cogimos las maletas y subimos a la habitación en un ascensor de los antiguos (maderas y luces confortables). Tenía espejo pero era como si no lo tuviera. Por la noche, después de un viaje largo, mucho cansancio y mucha melancolía, era mejor no mirarse en el espejo. La habitación era correcta y hasta agradable. Apliques y lámparas que daban una iluminación suave y cálida, la mejor para ese momento. Descorrí las cortinas y miré a la calle desierta. No quería calles desiertas, no me apetecía saber nada de desiertos. Luces de farolas, luces de anuncios, luces de semáforos, luces de coches que paraban y arrancaban y se alejaban. ¿Quién viajaría en cualquiera de aquellos coches? ¿Alguna desconocida con la que hubiera querido estar esa noche? ¿Dónde estaría la desconocida de la moto? ¿Estaría ya en su casa con el motorista y yo en aquella habitación con Susana pensando en lo que no tenía en vez de abrazar a quien sí tenía? Dejé de mirar por la ventana -temí ese hecho en ese instante, a veces mis miradas me han jugado malas pasadas- y me puse a buscar el pijama (no lo era del todo: sólo era un pantalón corto y una camiseta) para meterme en la cama cuanto antes (sólo quería dormir para alejarme cuanto antes del deseo quimérico que me arrancaba de cuajo de mi realidad). Mientras yo buscaba en mi bolsa, Susana también se puso a buscar en la suya. Encontró su pijama y se lo puso. “Me muero de sueño”, dijo y bostezó con cierto estruendo perezoso, tapando intermitentemente la boca con la palma de las manos. “Uy, qué sueño”, insistió. Su pijama era en realidad una mera gasa anunciadora de grandes visiones y además, antes de acostarse, dejó extendida en la cama un par de juegos de ropa interior. ¿Quería que yo los viera? ¿Deseaba que yo la deseara? Sabía muy bien que nada me excitaba más que la ropa interior sostenida por manos suaves y delicadas. Y las suyas lo eran, y mucho. Pensé: “Es mucho más sana la realidad posible que la irrealidad imposible. Es mucho más cierto que Susana está frente a mí y que juega con su ropa

interior delante de mis narices que la existencia de esa desconocida que dios sabe dónde y con quién estará. Esa desconocida tiene la sustancia de la irrealidad porque no está y no estará nunca al alcance de mi mano. ¿Cuándo aprenderé esta lección de una vez por todas?”.

Capítulo IV

Caminamos al día siguiente por Milán como si fuera nuestra ciudad de siempre. Nos detuvimos en muchos escaparates, visitamos la catedral (¿cómo no hacerlo?) y después recorrimos las galerías Vittorio Emmanuelle (¿cómo no caer en esa tentación?). Curioseé por aquí y por allá y sin darme cuenta me alejé de Susana y me metí en la sección de ropa interior femenina de algo parecido a unos grandes almacenes. Juro que no contaba con ello, y que no tenía intención de fijarme en bragas y sujetadores para luego recomendárselos a Susana (los pago yo, no te preocupes, no importa el precio). Me sentí incómodo al verme solo allí, un hombre entre tantas bragas y sujetadores y mujeres que buscaban, supuse que con el fin de resultar atractivas a los hombres a los que amaban o con los que pensaban tener una relación a lo mejor a escondidas y ese era el momento de demostrarles un interés que más tarde cuajaría en seducción y apasionamiento. Miré a mi alrededor para dar a entender que no estaba allí porque me gustara estar entre mujeres que miran y buscan ropa interior sino porque había ido en compañía de mi mujer, a la que ahora no veía por ninguna parte. Pero al mismo tiempo que esgrimía ante un tribunal fantasma ese pensamiento, me sentí atrapado por las mujeres que miraban y por el placer de mirarlas. No sabía si les molestaba que por allí anduviera un hombre solo, sin

ninguna compañía femenina. ¿Sería un voyeur, tal vez una amenaza?

En eso pensé, porque siempre pensamos cosas, sensatas o disparatadas, sobre lo que nos ocurre. Es imposible que las cosas pasen porque sí sin que pensemos algo con respecto a ellas. Si existiera la acción pura, es posible que en muchas ocasiones nos sintiéramos y fuéramos más libres. Como yo pensaba lo que pensaba, me sentía incómodo, pero a la vez también sabía que me gustaba estar allí, siempre en busca -esa era mi excusa mental- de Susana la desaparecida. “¿Y Susana?, ¿dónde se habrá metido Susana?”, me decía interiormente para que me oyeran las mujeres que se encontraban en la sección sin que pudieran oírme.

En una de esas travesías -iba y venía con delectación y cierto temor a la vez-, me fijé en una de aquellas mujeres -manoseaba sujetadores- y me di cuenta de que ella también me miró y yo la volví a mirar. ¿Por qué me miraba? ¿Era verdad que me miraba? ¿Le gustaba que la mirara un hombre desconocido mientras buscaba un sujetador con el pensamiento puesto en su hombre conocido (marido, novio, amante, quienquiera que fuese)? ¿Qué placer podía obtener de la mirada de un fisgón como era yo? ¿Tal vez la sedujo la novedad de un desconocido y se dejó arrastrar por ella y fantaseó fugazmente, sin llenar de contenidos expresos su fantasía? Mantuvo su mirada fija en mí, con los ojos como solícitos, de la manera como sólo saben serlos los de las mujeres que desean y están dispuestas a amar. Así que, con una especie de resoplido interior que sólo oí yo (una especie de ventolera de arranque, como si fuera un motor que yo mismo encendía) y con el corazón en marcha a no sabía cuántas pulsaciones por minuto (pum, pum, pum, oía dentro de mí, como si fuera un tambor que hasta podrían llegar a oír los demás), me acerqué a ella, sorteando los mostradores que me fui encontrando en el camino. Ella me vio venir y no se apartó en absoluto sino que creo que me